

Martín Tanaka

***De la crisis al colapso
de los sistemas de partidos y
los retos de su reconstrucción:
los casos de Perú y Venezuela***

(Versión Preliminar)

Instituto de Estudios Peruanos
Junio de 2002

*De la crisis al colapso de los sistemas de partidos
y los retos de su reconstrucción: los casos de Perú y Venezuela¹*

(versión preliminar)

Martín Tanaka²
Instituto de Estudios Peruanos
Junio de 2002

Introducción

Perú y Venezuela, países de trayectorias muy diferentes entre sí, comparten desenlaces políticos similares en los años noventa, en los que sus sistemas de partidos colapsaron; desenlace peculiar en el contexto regional, en el que los sistemas de partidos evolucionan y conviven, aunque difícilmente, con la crisis, gracias a la alternancia en el poder de los diversos partidos. La explicación de esta peculiaridad debe encontrarse no tanto en causas estructurales o en el mal desempeño de las economías de ambos países, si no en las respuestas que los actores políticos dieron, en situaciones críticas, en las que eran especialmente vulnerables, a los desafíos que les imponía la crisis; siendo crucial en la determinación de esas respuestas el tipo de estructuración de los partidos políticos. Esto último explica la aparición de agudos conflictos internos y divisiones en los partidos que limitaron sus posibilidades, y permitieron la llegada al poder por la vía electoral de líderes extrasistémicos. Tanto Fujimori como Chávez pueden considerarse como líderes personalistas, con discursos neopopulistas y anti-sistema, que fueron relativamente eficaces en desmontar el orden político preexistente, valiéndose de reformas institucionales que, si bien fueron democráticas en lo formal, en la práctica constituyeron gobiernos autoritarios. Sin embargo, Fujimori no logró construir un orden alternativo viable en el largo plazo, y es muy poco probable que Chávez lo logre. A pesar de esta debilidad, en el Perú la oposición no consiguió, y en Venezuela no consigue, tomar ventaja de la caída en la aceptación de esos presidentes, y la ausencia de alternativas claras ayuda a entender la permanencia de estos líderes en el poder. Los nuevos movimientos políticos que emergieron sobre los escombros del sistema anterior son muy débiles, con miras muy cortoplacistas, lo que configura un patrón de volatilidad y fragmentación.

Los desafíos para ambos países son muy grandes: cómo reconstruir las instituciones con actores políticos y sociales muy debilitados, cómo lograr más competencia, pluralismo y participación, y a la vez asegurar la gobernabilidad en contextos de crisis, en los que las expectativas y demandas de la población son muy altas.

Perú y Venezuela: trayectorias diferentes, un mismo resultado, y algunas explicaciones

Perú y Venezuela enfrentaron la crisis que asoló toda la región en los años ochenta y noventa partiendo de trayectorias muy diferentes. Venezuela exhibía un sistema de partidos estable, con una relativamente larga historia democrática, en el que primaban conductas cooperativas, o tendencias centripetas de competencia política. Los partidos, además, se mostraban representativos, fuertemente arraigados en la sociedad, con vínculos en los diversos ámbitos de la sociedad civil; este enraizamiento tuvo a la base un largo periodo de crecimiento económico, que permitió procesos de integración social e incorporación a la ciudadanía de sectores excluidos. Por el contrario, el Perú retomaba una siempre frágil experiencia democrática, después de doce años de gobierno militar que, además, había llevado adelante profundos cambios estructurales, con lo que el frágil sistema de partidos que emergió de la transición enfrentaba

¹ Agradezco la colaboración de María Jesús Osorio en la recopilación de parte de la información aquí presentada.

² Martín Tanaka es Doctor en Ciencia Política por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) sede México. Actualmente es investigador asociado y miembro del Consejo Directivo del Instituto de Estudios Peruanos. E-mail: mtanaka@iep.org.pe

situaciones inéditas. Se trató por añadidura de un sistema altamente ideologizado que interactuaba con movimientos sociales y grupos de interés organizados y con una importante capacidad de presión política. Para complicar más las cosas, la experiencia democrática coincidió con el inicio de la lucha armada desatada por dos grupos terroristas, Sendero Luminoso y el MRTA, siendo el primero de ellos particularmente dogmático y sanguinario³.

Sin embargo, a pesar de estas diferencias, en Perú y Venezuela se produjo un mismo resultado, el súbito colapso de sus sistemas de partidos; en el primer caso ello ocurrió entre 1989 y 1992, y en el segundo entre 1998 y 2000. Este se expresó en el Perú en el hecho de que los cuatro partidos políticos que congregaron más del 90% de los votos en las diferentes elecciones habidas en los años ochenta, cayeron a un 71.5% en la elección municipal de 1989, a 68% en la elección presidencial de 1990, año en el que Alberto Fujimori fue electo, y siguieron cayendo después hasta llegar a su práctica extinción política (ver Tabla 1).

Tabla 1: Votación por los principales partidos políticos de los años ochenta (porcentajes)⁴

Año	
1978 (C)	88.5
1980 (P)	96.5
1980 (M)	92.7
1983 (M)	93.5
1985 (P)	97
1986 (M)	93.2
1989 (M)	71.5
1990 (P)	68
1992 (C)	15.3
1993 (M)	33.3
1995 (P)	6.3
1998 (M)	11.6
2000 (P)	1.8

En el caso de Venezuela, el desplome del sistema de partidos fue aún más rápido y sorprendente, dada su aparente consolidación. AD y COPEI eran claramente los actores hegemónicos hasta la elección presidencial de 1993, en la que ganó Rafael Caldera, encabezando la coalición Convergencia; con todo, en esa misma elección la suma de los votos de los candidatos presidenciales de ambos partidos superó el 46%. El desplome en la elección de 1998, en la que fue electo presidente Hugo Chávez, fue impresionante; no lograron presentar candidatos propios, y apoyaron la candidatura independiente de Enrique Salas Römer: su contribución al 40% que obtuvo éste fue de poco más de 11 puntos. En las elecciones presidenciales de 2000, nuevamente ganadas por Chávez bajo un nuevo marco constitucional, tampoco lograron presentar candidatos presidenciales (ver tabla 2).

Tabla 2: Elecciones Presidenciales 1973-1998. Porcentaje de Votos

Partido	1973	1978	1983	1988	1993	1998
---------	------	------	------	------	------	------

³ Una visión general sobre Venezuela puede verse en Caballero, 2000, y Levine y Crisp, 1999; sobre Perú, ver McClintock, 1999.

⁴ Aquí consideramos la suma de los votos obtenidos por el Partido Aprista Peruano, el Partido Popular Cristiano, Acción Popular y la Izquierda Unida, o algunas de sus expresiones políticas. Las elecciones de 1978 y 1992 son elecciones de Asamblea Constituyente (C); las de 1980, 1985, 1990, 1995 y 2000 son elecciones presidenciales (P); las de 1980, 1983, 1986, 1989, 1993 y 1998 son elecciones municipales (M).

□	□	□	□	□	□	□
AD	48.7	43.3	58.4	52.9	23.6	--
COPEI	36.7	46.6	33.5	40.9	22.7	--
MAS	4.3	5.2	3.5	2.7	--	--
La Causa R	--	--	0.1	0.3	22.0	0.1
Convergencia*	--	--	--	--	30.5	--
Polo Patriótico**	--	--	--	--	--	56.2
Proyecto Venezuela ***	--	--	--	--	--	40.0
Otros	10.3	4.9	4.5	3.7	1.2	3.8
□	□	□	□	□	□	□

* Coalición electoral para la campaña de Rafael Caldera. Incluía el MAS

** Coalición electoral para la campaña de Hugo Chávez. Incluía el MAS

*** Movimiento electoral organizado por el candidato independiente Henrique Salas Römer.

Contribuyeron en la votación total AD, COPEI, y otros partidos pequeños.

Estos son desenlaces desconcertantes. En Perú, lo más esperable era que los conflictos y problemas de los años ochenta generaran un proceso de creciente polarización ideológica que desencadenara una nueva intervención militar (un escenario como el chileno en el periodo 1970-1973). En vez de eso, se dio la aparición de un *outsider* que acabó con el orden político existente. Es decir, lo esperable era polarización e ingobernabilidad, pero lo que ocurrió fue una grave crisis de representación. En Venezuela, la crisis del bipartidismo podría haber conducido a un escenario similar al colombiano, en el que los partidos tradicionales pasan por un proceso de desgaste progresivo, con un creciente fraccionamiento interno, y aparecen y se desarrollan terceras fuerzas, dejándose un bipartidismo y pasándose a un pluripartidismo moderado. Perú y Venezuela aparecen en el escenario regional claramente como excepciones; en la mayoría de los casos, registramos una ciertamente difícil coexistencia de los sistemas de partidos con las crisis, con una alta volatilidad electoral e inestabilidad institucional (como en Ecuador), que puede llevar a una lenta mutación hacia un nuevo sistema de partidos, en los que conviven nuevos actores con actores tradicionales (como en Colombia o Bolivia)⁵. ¿Por qué Perú y Venezuela no transitaron ese camino? ¿Por qué y cómo se pasó de una crisis al colapso del sistema de partidos y del orden institucional vigente? ¿Por qué y cómo dos países con trayectorias políticas tan diferentes llegaron a un mismo resultado?

Aparentemente, lo ocurrido en estos países podría explicarse fácilmente apelando a variables estructurales y económicas, y a la manifiesta incapacidad de los diversos actores políticos para enfrentar con éxito los desafíos de la crisis. Ellos se alternaron en el poder, no lograron solucionar los problemas, se desprestigiaron, y por ello la población buscó opciones por fuera del sistema. En Perú, la elección de Alberto Fujimori tuvo como antecedentes una economía fuertemente recesada y con altos niveles de inflación, y para colmo de males, con altísimos niveles de violencia política (ver tablas 3, 4 y 5), que afectaron la legitimidad de cada uno de los principales actores del sistema; en el caso de Venezuela, los años ochenta son años muy malos, especialmente 1983 (bajo el gobierno del copeyano Herrera), el periodo 1988-1990 (bajo el segundo gobierno del adeco Pérez), y casi todo el periodo del segundo gobierno de Caldera, esta vez a la cabeza de un movimiento independiente creado por uno de los fundadores del pacto de 1958 (ver tabla 6).

Tabla 3: Perú: tasa de inflación anual, 1980-1999 (fuente: INEI)

Año	Tasa de inflación
-----	----------------------

⁵ Sobre los partidos y sistemas de partidos en Colombia y Ecuador ver Pizarro y Pachano, 2002, y sobre Bolivia, ver Mayorga, 2002.

	anual
1980	60.8
1981	72.2
1982	72.9
1983	125.1
1984	111.5
1985	158.3
1986	62.9
1987	114.5
1988	1,722.3
1989	2,775.3
1990	7,649.7
1991	139.2
1992	56.7
1993	39.5
1994	15.4
1995	10.2
1996	11.8
1997	6.5
1998	6.0
1999	3.2

Tabla 4: Perú, Dinámica de la violencia política (1980-1994)

Año	Acciones subversivas registradas por la Policía Nacional	Número de víctimas por violencia política
1980	219	3
1981	715	4
1982	891	170
1983	1,123	2,807
1984	1,760	4,319
1985	2,050	1,359
1986	2,549	1,268
1987	2,489	697
1988	2,415	1,986
1989	3,149	3,198
1990	2,779	3,452
1991	2,785	3,180
1992	2,995	3,101
1993	1,918	1,692
1994	1,195	652

Tabla 5: Perú, Tasa de crecimiento del PBI, 1980-1999

Año	PBI
1980	4.4
1981	4.3
1982	0.3

1983	-11.8
1984	4.7
1985	2.3
1986	8.7
1987	8
1988	-8.4
1989	-12.9
1990	-5.4
1991	2.8
1992	-0.6
1993	6
1994	13.6
1995	8.6
1996	2.5
1997	6.8
1998	-0.4
1999	1.4

Tabla 6: Venezuela: Tasa de crecimiento del PBI, 1980-1999

Venezuela	PBI
1980	-3.8
1981	-1
1982	-1.6
1983	-5.5
1984	-1.5
1985	0
1986	6.6
1987	3.8
1988	5.9
1989	-8.8
1990	5.5
1991	9.7
1992	7.1
1993	-0.5
1994	-3.7
1995	5.9
1996	-0.4
1997	7.4
1998	0.7
1999	-5.8

En este trabajo, si bien no menospreciamos la importancia que tuvo la crisis económica, estrechando el margen de posibilidades y opciones disponibles para los actores políticos, sostengo que lo verdaderamente crucial fueron las decisiones que éstos tomaron, particularmente las que ocurrieron en determinadas coyunturas en las que eran especialmente vulnerables (en Perú, frente a las elecciones de 1990, y en Venezuela frente a las elecciones de 1998); para entender esas decisiones, creo que un factor crucial es la manera en que estuvieron estructurados los partidos en cada caso. Las acciones y omisiones de los actores políticos del sistema permitieron la llegada al

poder por medio de elecciones de *outsiders*, caudillos antisistema y antipartidos, que terminaron derrumbando el orden vigente, y sustituyéndolo por un nuevo orden de claras tendencias autoritarias.

El colapso del sistema de partidos en el Perú: polarización, conflictos inter e intrapartidarios, y crisis de representación

En cuanto al caso peruano, he insistido en que las razones del colapso del sistema de partidos no hay que encontrarlos tanto en el desempeño de los actores políticos a lo largo de los ochenta, si no a partir de finales de 1988, cuando el país entró a una dinámica de alta inflación, y alrededor de las elecciones de 1989-1990⁶. A partir de 1998 el destino del país se empezó a jugar en función a las elecciones de 1990, de presidente y de congreso. Esto se dio en un contexto de crisis bastante aguda, como ya vimos. Sin embargo, nada hacía presagiar que a partir de 1990 se produciría una crisis de representación, y que el sistema colapsaría en los años sucesivos. Por el contrario, tanto analistas como los propios actores percibían que el principal riesgo era la creciente polarización, el vaciamiento del centro político con la crisis del APRA en el poder, el fortalecimiento de los extremos, lo que podría llevar a un problema serio de gobernabilidad que, en el contexto de la amenaza de Sendero Luminoso, podría llevar a una intervención militar fuertemente represiva. Hasta 1989, en realidad, los partidos se veían relativamente fuertes y con posibilidades de recuperación en el mediano plazo.

En los extremos se encontraban la Izquierda Unida (IU) y el Frente Democrático (FREDEMO). La IU, fundada en 1980, no había desde entonces sino crecido en su caudal electoral, congregando más de un 30% del respaldo de los electores en las elecciones municipales de 1986. Varias encuestas de opinión en 1987 señalaban que Alfonso Barrantes, como candidato presidencial de la IU, lideraba la intención de voto frente a las elecciones de 1990; a finales de 1987 se convocó al Primer Congreso Nacional de IU, para setiembre de 1988 (aunque se realizó finalmente en enero de 1989), con la intención de poner a punto la organización y estrategia que llevaría a la toma del poder por la vía electoral. En el congreso de aprobarían estatutos, tesis políticas, tesis programáticas, un plan de acción política inmediata, y se elegiría una dirección política unificada. En cuanto a la derecha, tenemos que, si bien AP y el PPC sufrieron un duro golpe en las elecciones generales de abril de 1985, ya para agosto de 1987 aparecían nuevamente retomando la iniciativa política, liderando la oposición a la propuesta de estatización de la banca del gobierno de García. No sólo eso, el bloque de derecha se renovó de manera importante: en agosto de 1987 nació el Movimiento Libertad, encabezado por el escritor Mario Vargas Llosa y el economista Hernando de Soto, levantando ideas liberales y de modernización del Estado. En enero de 1988 se formó una gran alianza entre Libertad, AP y el PPC, el Frente Democrático (FREDEMO). En las elecciones municipales de noviembre de 1989, FREDEMO ya aparecía como la principal fuerza política del país, y las encuestas de intención de voto mostraban a Mario Vargas Llosa como el probable próximo presidente del Perú⁷ (ver tabla 7).

Tabla 7: Perú, votación por los partidos “tradicionales” 1978-1995

□	AP	PPC	(AP+PPC) FREDEMO	APRA	IZQUIERDA (IU)
1978(C)	NP	23.8	23.8	35.3	29.4
□	□	□	□	□	□
1980(P)	45.4	9.6	55	27.4	14.4
1980(M)	35.8	11.1	46.9	22.5	23.3

⁶ Ver Tanaka, 1998 y 2002.

⁷ Según una encuesta de APOYO de octubre de 1989, Vargas Llosa contaba con un 47% de intención de voto para las elecciones presidenciales de abril de 1990.

1983(M)	17.5	13.9	31.4	33.1	29
□	□	□	□	□	□
1985(P)	7.3	11.9	19.2	53.1	24.7
1986(M)	NP	14.8	14.8	47.6	30.8
1989(M)	---	---	31.2	20.4	20.2
□	□	□	□	□	□
1990(P)	---	---	32.6	22.6	13
1990(P)	---	---	37.5	NP	NP
1992(C)	NP	9.7	9.7	NP	5.5
1993(M)	11.6	5.7	17.3	10.8	3.9
1995(P)	1.64	NP	1.64	4.11	0.57

Como puede verse, el escenario político aparecía marcadamente polarizado entre, de un lado, una izquierda con un proyecto de revolución, con una suerte de vía electoral al socialismo como la protagonizada por la Unidad Popular en la Chile de Allende y, del otro, una derecha con una ideología liberal que propugnaba una profunda modernización de la economía y del Estado dentro de un esquema de economía de mercado. Tanto la victoria de la izquierda como la de la derecha ponían en agenda problemas de gobernabilidad como consecuencia de la polarización frente a las elecciones de 1990. Sin embargo, lo que se produjo, paradójicamente, fue una crisis de representación; partidos radicalizados abandonaron el centro político, que terminó siendo ocupado por un *outsider*. Este peculiar e inesperado desenlace entiende analizando la campaña electoral de 1990.

El contexto de la campaña fue especialmente crítico, marcado como vimos por una fuerte recesión, un proceso hiperinflacionario, y altos niveles de violencia política; Sendero Luminoso por esos años, por ejemplo, había decretado haber llegado al “equilibrio estratégico” con las fuerzas del orden, paso previo a la “ofensiva estratégica” que la llevaría a la toma del poder, e iniciaba el “cerco” a la ciudad de Lima. En ese contexto, los actores políticos principales tomaron decisiones equivocadas con consecuencias desastrosas. El contexto de crisis y violencia, la percepción (correcta) de que se vivía una situación límite, el agotamiento de un ciclo político y la posibilidad de empezar uno nuevo, llevó a los actores a abandonar conductas aversas al riesgo, a ser audaces, y a tomar decisiones no pragmáticas, sino marcadas por razones ideológicas; esto agudizó las contradicciones y los conflictos internos de los actores principales, produciéndose el vacío de representación que sería aprovechado por el hasta entonces desconocido Fujimori.

Hacia 1987, la IU requería de una profunda reorganización, de allí la convocatoria a su primer congreso. Hasta ese momento, pese a su arrastre electoral, funcionaba más como una coordinadora de partidos, representados por sus Secretarios Generales en un Comité Directivo Nacional (CDN), en donde cada uno mantenía su propia línea política. La debilidad organizativa se agudizó durante el gobierno de Alan García, cuya retórica populista y revolucionaria creó problemas de identidad a la izquierda. Barrantes, Presidente de IU hasta mayo de 1987, que lideraba posiciones bastante complacientes frente al gobierno de García, se vió forzado a renunciar a ese cargo, dado que no contaba con el respaldo de la mayoría de los Secretarios Generales de los partidos, que proponían una línea de oposición mucho más firme. Urgía una conducción clara con criterios unificados, y para eso se convocó al primer congreso nacional. Después de un proceso de preparación muy intenso e interesante, que llegó a empadronar a más de 130,000 militantes, cifra altísima para los estándares peruanos, llegó el congreso, que lejos de iniciar la consolidación de la IU inició un tortuoso proceso de división.

De un lado se ubicaron, junto a Alfonso Barrantes, quienes creían que para llegar al gobierno, poder mantenerse en él, y desarrollar un gobierno mínimamente estable y exitoso, era imprescindible excluir al sector radical de la IU, que no había deslindado claramente con la lucha armada como medio para llegar al poder, y que por lo tanto no permitiría superar un veto de las

Fuerzas Armadas y de sectores conservadores. De otro lado se ubicó el “Bloque Revolucionario” (PUM-UNIR-FOCEP), quienes evaluaban que en el país estaba en germen una situación revolucionaria, por lo que correspondía era prepararse para una gran confrontación política y, eventualmente, militar; el objetivo verdadero no era llegar al gobierno por medio de elecciones, si no prepararse para la toma del poder por una vía insurreccional. Así, de un lado, estaban quienes planteaban un programa reformista, de convocatoria amplia, apelando al elector medio; del otro, quienes proponían un fortalecimiento de las bases, de sectores estratégicos, un atrincheramiento en preparación de la confrontación por venir. En medio de esa polémica, quedó el PCP y un sector de independientes sin militancia partidaria. La división de la IU, en medio de recriminaciones y acusaciones mutuas, altamente ideologizadas, se extendieron confusamente entre enero y octubre de 1989 (mes en el que se inscribieron finalmente las candidaturas para las elecciones de abril de 1990), hundiendo las posibilidades electorales de la izquierda⁸. En las elecciones de 1990 la izquierda se presentó dividida, y el candidato de IU, Henry Pease, obtuvo el 8.2% de los votos; Alfonso Barrantes, candidato por la recién creada Izquierda Socialista, obtuvo aún menos, un 4.7%.

La crisis de la izquierda aumentó las posibilidades electorales de la derecha. Durante casi todo 1989, con el hundimiento de la candidatura de Barrantes, las encuestas de intención de voto ubicaron a Mario Vargas Llosa como el favorito; en la segunda mitad de 1989 y en los primeros meses de 1990, la discusión era si Vargas Llosa ganaba o no en primera vuelta, pasando el 50% de los votos. Sin embargo, dentro del FREDEMO también hubo problemas. El liderazgo de Vargas Llosa y del Movimiento Libertad dentro de la alianza generó celos y rivalidades en AP y el PPC. Ellas llegaron a un límite en junio de 1989, cuando se discutía la estrategia del FREDEMO frente a las elecciones municipales de noviembre; al extremo de que el candidato Vargas Llosa presentó su renuncia a la candidatura presidencial, que tiempo después sería retirada⁹.

A pesar de estos problemas, el FREDEMO tuvo un bastante buen desempeño en las elecciones municipales de noviembre de 1989. Si bien ya en esa elección se produjo la primera aparición de candidatos “independientes” que ya expresaban cierta deslegitimación de los partidos principales (ver tabla 1), no hay que olvidar que la mayoría de esos independientes se alineaban de una manera u otra con las principales opciones partidarias¹⁰. Sin embargo, nuevamente, la polarización y el sentido de urgencia de vivía el país afectó al FREDEMO y su estrategia de campaña, lo que ayuda a entender porqué Vargas Llosa no logró ganar con mayor contundencia en la primera vuelta de las elecciones de 1990 (obtuvo sólo el 32.6% de los votos). Vargas Llosa se alejó del votante promedio con una campaña bastante ideológica, pidiendo un “mandato claro” para llevar adelante una reforma neoliberal profunda, que no logró entusiasmar al electorado; más todavía después del ejemplo de lo que las reformas neoliberales causaban, por ejemplo, en febrero de 1989 en Caracas, bajo el gobierno de Carlos Andrés Pérez.

En cuanto al APRA, obviamente la crisis y el caos en el que estaba sumido el gobierno erosionó gravemente sus posibilidades electorales; con todo, ellas no eran en absoluto menospreciadas. En las elecciones municipales de 1989 el APRA apareció todavía como la segunda fuerza política nacional, detrás del FREDEMO, y ligeramente por delante de la izquierda (ver tabla 7). No hay que olvidar tampoco que Luis Alva Castro obtuvo el 22.5% en la elección presidencial de 1990. Pero el APRA también tuvo que enfrentar problemas internos, por lo que sus posibilidades se hicieron menores. Alan García tenía impedida la reelección según la Constitución de 1979, y sus intentos de hacer una reforma constitucional que la hiciera posible

⁸ La inscripción de las candidaturas para las elecciones municipales se realizó en agosto de 1989; la inscripción de las fórmulas presidenciales se realizó en octubre de 1989; y la inscripción de candidatos al Congreso, en enero de 1990; durante todo ese tiempo, los conflictos al interior de todos los partidos fueron cosa de todos los días en los medios de comunicación.

⁹ Vargas Llosa quería que el FREDEMO presentara candidatos del Frente en las elecciones municipales, mientras que AP y el PPC querían presentar candidatos propios, y sólo candidatos del Frente en la elección presidencial y de congreso. Esas desavenencias motivaron la renuncia de Vargas Llosa.

¹⁰ Por ejemplo, Ricardo Belmont, electo alcalde por Lima como independiente, hizo abiertamente campaña a favor de Vargas Llosa, incluso fue orador en su mitin de cierre de campaña en la ciudad de Lima.

fracasaron entre 1987 y 1988. Eso hizo que el Secretario General del partido, Luis Alva Castro, compitiera con García por el control del partido; García luchó por mantener el control, y eso se expresó en una, cuando menos, postura distante del presidente frente al candidato del partido. García tenía como principal adversario a Mario Vargas Llosa (por razones ideológicas, nuevamente), y trató de impedir un triunfo de éste en primera vuelta, para así intentar derrotarlo en la segunda, con la suma de todos los votos del centro y de la izquierda. Para ello, García no apostó por Alva Castro, sino por Alfonso Barrantes durante casi toda la campaña.

El vacío dejado por la división de la izquierda, los problemas internos del FREDEMO, la extrema ideologización de su campaña, y la debilidad del candidato del APRA, asumiendo los costos de la crisis del gobierno de García son recibir los beneficios de un apoyo desde el poder, todo esto en un momento particularmente crítico para el país, generaron un vacío de representación en el centro político que inesperadamente empezó a ser cubierto por un candidato aparentemente sin ninguna opción, Alberto Fujimori. Este era hasta apenas semanas antes de la elección un candidato desconocido y sin mayor opción; una vez que empezó a aparecer en las encuestas, García empezó a apoyarlo por medio de la prensa afín a él, y este apoyo fue decisivo para que Fujimori dejara de ser un candidato menor y lograra quedar segundo en las elecciones en apenas las semanas previas a la elección¹¹. En la segunda vuelta, con los votos del APRA y de la izquierda, Alberto Fujimori llegó a la presidencia¹². Con todo, Fujimori se halló en minoría en el congreso, no tenía posibilidad de aspirar a una reelección en 1995, prohibida por la Constitución de 1979, y por lo tanto era percibido como un episodio extraño, seguramente efímero, pasado el cual los partidos volverían a ocupar el centro del escenario. Como sabemos y veremos más adelante, las cosas serían muy diferentes¹³.

El colapso del sistema de partidos en Venezuela: crisis, conflictos intrapartidarios y crisis de representación

En el caso de Venezuela también encontramos que decisiones críticas de los principales actores, en gran medida consecuencia de las características organizativas de los partidos políticos, en una situación en la que eran particularmente vulnerables, explica la inesperada llegada al poder de un *outsider* que luego destruiría el orden político e institucional hasta entonces vigente. Explícitamente, me refiero a procesos de división de los principales partidos, que liquidaron sus posibilidades electorales.

Los conflictos internos y las divisiones de los partidos en Venezuela tienen cierta tradición¹⁴. Acción Democrática, el partido hegemónico, enfrentó tensiones y también divisiones en todas las elecciones desde 1958; el proceso de nominación de la candidatura presidencial, fundamental para determinar el poder relativo de las facciones partidarias, llevó siempre a conflictos muy agudos. AD y su candidato en 1963, Raúl Leoni (electo presidente en ese año), tuvo que enfrentar la disidencia de los “muchachos” y de Raúl Ramos Giménez; en 1968, la

¹¹ Según APOYO, Fujimori dejó de aparecer en el rubro de “otros” en su encuesta realizada entre el 8 y 11 de marzo, en la que apareció con 3%; luego, en la del 16 al 18 de marzo, registró un 6%; y en la de 24 al 26 de marzo, un 9%. Según IMASEN, en su encuesta del 5 al 7 de marzo, Fujimori apareció con 2.5%; en la del 9 al 12, con 6.1%; y en la del 14 al 16, con 9.5%. Ese ritmo de crecimiento aumentó hasta el 8 de abril, llegando al 29.1%.

¹² En la primera vuelta, ganó Vargas Llosa, con el 32.6%; segundo quedó Fujimori, con el 29.1%; en la segunda vuelta, Fujimori ganó con el 62.4, sumando los votos del APRA y de la izquierda, frente al 37.6% de Vargas Llosa.

¹³ En las elecciones para las cámaras de senadores y diputados, el FREDEMO obtuvo el 32.3% y 30.1% de los votos, respectivamente; Cambio 90, sólo el 21.7% y 16.5%; el APRA, 25.1% y 25%, es decir, *superó a Cambio 90 en ambas cámaras*; la IU, 9.8% y 10%; la IS, 5.5% y 5.3%. En cuanto a la composición efectiva del Congreso, Cambio 90 obtuvo sólo 32 de 180 escaños en la cámara de diputados; y en el senado, sólo 14 de 62; mientras que el FREDEMO tuvo 63 y 21 representantes, respectivamente; el APRA 53 y 17 (otra vez, más que Cambio 90); la IU, 16 y 6; la IS, 4 y 3.

¹⁴ Sobre el tema ver Coppedge, 1994; Benton, 1997; Corrales, 2000, entre otros.

división que enfrentó a Gonzalo Barrios y la disidencia de Luis Beltrán Prieto Figueroa permitió en gran medida el triunfo de COPEI, con Rafael Caldera. En 1973 no hubo ruptura, pero Carlos Andrés Pérez tuvo que conseguir la nominación como candidato presidencial enfrentándose duramente a Gonzalo Barrios, apoyado por el expresidente Leoni. En 1978, los enfrentamientos entre Luis Piñerúa Ordaz, contrario a Carlos Andrés Pérez, y Jaime Lusinchi, entonces apoyado por éste, debilitaron al partido, permitiendo el triunfo del copeyano Luis Herrera. En 1983, Jaime Lusinchi logró ganar nuevamente la presidencia para AD, a pesar de haberse distanciado de Carlos Andrés Pérez. En 1988, éste ganó nuevamente la nominación para la candidatura presidencial, pero tuvo que enfrentarse a la dura oposición de Octavio Lepage, apoyado por Lusinchi.

Los conflictos al interior de AD tuvieron entonces varias consecuencias, una de ellas el permitir el triunfo del partido subordinado (COPEI) dentro del formato bipartidista. COPEI no es tampoco ajeno a estas historias de problemas internos¹⁵, en las que Rafael Caldera, su líder fundador, siempre aparece como protagonista. Caldera fue candidato presidencial de su partido en 1958, 1963 y 1968, elección que finalmente ganó gracias a la división de AD. En 1973 y 1978 Caldera estuvo impedido constitucionalmente de postular; en 1973, hubo conflictos entre el candidato Lorenzo Fernández, apoyado por Caldera, y Luis Herrera; en 1978, Herrera no sólo consiguió la nominación, si no que también ganó la presidencia, gracias nuevamente a los conflictos internos de AD. En 1983 Caldera recuperó la posibilidad de ser candidato presidencial, ganando la nominación a Rafael Andrés Montesdeoca, pero fue derrotado por el adeco Lusinchi, quien además consiguió una de las más altas votaciones obtenidas por su partido en los últimos años, y COPEI una de las más bajas (ver tabla 2). Esto debilitó a Caldera dentro de su partido, no en vano había estado fuera del juego político interno durante más de diez años, por el impedimento constitucional de buscar la reelección sólo después de dos periodos presidenciales. En 1988 Caldera ni siquiera logró conseguir la candidatura del partido, ganada por Eduardo Fernández.

Todos estos conflictos son consecuencia de la manera en que se estructuraron los partidos en Venezuela. Allí los partidos aparecen como escenario de oligopolios en disputa; se trata de una lucha aguda entre pocos actores, lo que maximiza los conflictos, y en donde los viejos poderes no desaparecen, sino que se debilitan y luego reaparecen, por efecto de la norma constitucional de permitir una reelección después de dos periodos presidenciales. Así se explica la vuelta a la palestra tanto de Rafael Caldera como de Carlos Andrés Pérez, cuya intervención, por acción u omisión, es crucial para entender el desenlace de 1998. Es interesante la comparación con el Perú, en donde los partidos aparecen más como monopolios, con jefaturas y liderazgos únicos, incuestionables. Haya de la Torre y luego Alan García en el APRA, Fernando Belaunde en AP, Luis Bedoya en el PPC, y un poco Alfonso Barrantes entre 1980 y 1986, aparecieron como líderes indiscutidos de sus partidos. Paradójicamente, esta falta de competencia interna permitió cierta estabilidad en el sistema. Los problemas surgieron cuando, al mismo tiempo, la IU pasó a ser un campo de disputa, cuya primera manifestación fue la renuncia de Barrantes a la presidencia de IU, y luego, su ruptura; cuando la derecha también (dentro del FREDEMO) enfrentó los conflictos entre Libertad, AP y el PPC; y cuando en el APRA García boicoteaba la candidatura presidencial de Luis Alva Castro para así mantener el control del partido. Es sugerente la contrastación de los casos venezolano y peruano con el colombiano, con un sistema de partidos más estable. Allí encontramos una suerte de “libre competencia” entre fracciones partidarias, pero en donde el que ocupó el poder una vez no lo vuelve a ocupar más, permitiendo la renovación y bajando un poco las tensiones en la lucha fraccional; un mecanismo similar funcionó también con el PRI mexicano desde los tiempos de Alvaro Obregón).

Así, hasta 1988 los conflictos intrapartidarios habían alterado los resultados de las elecciones permitiendo la alternancia en el poder entre los dos partidos principales. Las cosas empezaron a cambiar desde entonces. Durante los años ochenta los partidos ya habían percibido claramente que el mediocre desempeño económico del país y las maneras de funcionar de éstos estaban debilitándolos; para intentar remediar ello, se creó la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (COPRE). La COPRE introdujo un conjunto nada despreciable de cambios,

¹⁵ Sobre COPEI ver Crisp *et.al.*, 2000, entre otros.

entre ellos la elección de Gobernadores de Estado (1989), la Ley Orgánica del Régimen Municipal que creó la figura del Alcalde y su elección directa (1989), y el establecimiento de la fórmula mixta (voto proporcional personalizado) para la elección de diputados al Congreso Nacional y a las Asambleas Legislativas (1993), entre otros. Las reformas buscaban abrir un sistema político percibido como muy cerrado (caracterizado como una “partidocracia”), renovar los liderazgos, flexibilizar el control de las cúpulas, objetivos que en gran medida se cumplieron. El asunto es que también aumentaron las tensiones y conflictos internos, que finalmente serían decisivos para entender el colapso del sistema. Es que los cambios políticos coincidieron con un proceso de crisis y reformas económicas, cuyas tensiones combinadas, como veremos, explican la llegada de Chávez al poder¹⁶.

Una vez en el poder, Carlos Andrés Pérez (CAP) enfrentó una situación fiscal difícil, que le imponía la necesidad de medidas de ajuste, largamente postpuestas a lo largo de los años ochenta. Pérez enfrentó una situación difícil no sólo frente al país, si no también frente a su partido; CAP había ganado la nominación a la candidatura presidencial pasados dos períodos después de su primera gestión, imponiéndose a Octavio Lepage, quien fue apoyado por el presidente saliente Lusinchi. Pérez siempre basó su poder dentro de AD no tanto por ser un cuadro burocrático, sino en su carisma y capacidad de comunicación con la ciudadanía en general. Esta situación ayuda a entender las primeras decisiones de su segundo gobierno: la conformación de un equipo de gobierno con figuras independientes, de modo de conseguir margen de maniobra frente a las presiones del partido y los grupos de interés tradicionales. De otro lado, empeñado en reconstruir su liderazgo político sobre nuevas bases, adoptó el camino de una reforma neoliberal, lo que implicaría una reconversión de la identidad política de Acción Democrática, partido con una identidad tradicionalmente forjada en el populismo clásico latinoamericano. Este tipo de apuesta no es extraña: el caso de Salinas de Gortari en México a partir de 1988 y su política de modernización y de relativo distanciamiento frente a los “dinosaurios” del PRI era un paralelo interesante. Además, AD se mostraba como una estructura burocratizada y en muchas ocasiones corrupta, acostumbrada a esquemas de relación clientelares, corporativos y privilegios rentísticos. En este sentido, Pérez tenía fuertes incentivos para intentar reconstituir AD bajo un liderazgo modernizador, más acorde a las necesidades de reforma estructural que empezaban a ser evidentes en la región. De otro lado, la situación económica que le dejaba su antecesor, Lusinchi, era especialmente crítica, pese a las apariencias. Elevados niveles de endeudamiento y déficit, bajos niveles en los precios del petróleo, hacían imposible postergar más la decisión de un cambio de modelo.

Como sabemos, la política del “gran viraje” generó una ola masiva y espontánea de protestas en febrero de 1989, especialmente en la capital; hubo un sentimiento de indignación frente a las nuevas políticas, lanzadas por quien había ganado las elecciones explotando la imagen de la vuelta los tiempos de la prosperidad petrolera de los años setenta. De otro lado, tal como ha sido explicado por varios analistas de los procesos de ajuste, en Venezuela la ciudadanía no tenía la percepción de que un ajuste duro era necesario e inevitable, como sí sucedió en países que llegaron a niveles de recesión mayores, que llegaron incluso a experiencias de hiperinflación¹⁷. Esto llevó por supuesto a un creciente aislamiento del gobierno de Pérez, incluso dentro de AD. Esto se expresó en el distanciamiento de la CTV, que convocó a un paro de protesta en contra de la política económica del gobierno (mayo 1989); pero esto fue la expresión de un distanciamiento más grande. El aparato tradicional del partido, ya golpeado por la candidatura de Pérez frente a la de Lepage, se sintió además marginado de las decisiones de gobierno. Además, Pérez intentó seguir una reforma neoliberal, que constituía un giro frente a la tradicional identidad populista de AD. Todo esto hizo que Pérez perdiera respaldo dentro de su partido, y dentro de su bancada en el congreso.

¹⁶ Sobre la COPRE ver Jácome, 1999; sobre la relación entre la descentralización el colapso del sistema de partidos ver Penfold, 2001; sobre las transiciones económicas y políticas simultáneas ver Armijo *et.al.*, 1994.

¹⁷ Sobre las protestas de 1989 ver Kornblith, 1998 y López Maya, 2000; sobre el programa de ajuste en Venezuela y sus efectos sobre el sistema de partidos ver Roberts, 1997, Weyland, 1998, y Corrales, 2000.

Muchos analistas señalan que los costos sociales del “gran viraje” liquidaron las posibilidades del gobierno de Pérez. Sin embargo, esto no es tan evidente. Como muestran los datos de la tabla 6, la economía cayó en una profunda recesión en 1989, como consecuencia del programa de ajuste, pero el crecimiento se recuperó en el resto del periodo gubernamental de Pérez. ¿Por qué Pérez no pudo capitalizar políticamente esa recuperación, como sí lo hizo Fujimori, u otros líderes que encabezaron procesos de estabilización, como Paz Estensoro en Bolivia o Menem en Argentina? Creo que en el caso de Venezuela los conflictos interpartidarios e intrapartidarios son la clave para entender la caída de Carlos Andrés Pérez, tanto como el desempeño de la economía; creo que el descontento existente llegó a tener efectos políticos devastadores por la intervención de esos conflictos. Por ejemplo, si bien en febrero y noviembre de 1992 se produjeron intentos de golpe de Estado que, aunque fueron controlados, generaron una ola de simpatías entre los sectores populares, esa ola pudo extenderse y prosperar por las actitudes que asumieron líderes políticos claves dentro de AD y en la oposición. El espacio político que consiguió Hugo Chávez fue en gran medida otorgado por los partidos y sus caudillos, con actitudes oportunistas. Producido el intento de golpe, conspicuos miembros de la clase política, lejos de condenar a los golpistas y defender el orden constitucional, declararon simpatías por los insurrectos, entre ellos el ex presidente copeyano Rafael Caldera¹⁸, debilitando aún más al sistema partidario, exacerbando expectativas poco realistas en la ciudadanía, y la expectativa de un liderazgo “redentor” que terminara con el “viejo orden” y permitiera la prosperidad del país¹⁹.

Caldera no estuvo solo en su crítica al *establishment* (pese a ser él parte de éste); su actitud también estuvo respaldada por grupos políticos más “naturalmente”, enfrentados a él por razones ideológicas como La Causa Radical. Sin embargo, no sólo Caldera se montó sobre ese sentimiento crítico de la ciudadanía; más grave aún que eso, AD marcó también distancias frente al gobierno de Pérez, en vez de defenderlo. Así, el congreso buscó maneras de arrinconarlo y, finalmente, de destituirlo. En mayo de 1993, faltando apenas meses para que termine su mandato, Carlos Andrés Pérez fue destituido por el Congreso después de un fallo judicial, con una dudosa acusación de mal uso de fondos, asumiendo la presidencia de manera provisional Ramón J. Velásquez. Las consecuencias de todo esto, a mi juicio, fueron la división y debilitamiento de AD, y el descrédito del sistema político en su conjunto, que cayó presa de intereses inmediatistas.

Un contraste interesante puede verse en la conducta de AD frente a Pérez en Venezuela y el partido liberal colombiano frente al presidente Samper (1994-1998). Este fue electo después de las reformas de inspiración neoliberal impulsadas por el presidente, también liberal, César Gaviria. Desde el inicio de su gestión, su mandato estuvo marcado por el escándalo, a partir de la denuncia de que su campaña electoral estuvo financiada con dineros del narcotráfico. El largo proceso en su contra fue extremadamente costoso en términos políticos para el gobierno, y Samper se vio acosado por las denuncias e indicios en su contra. Contrariamente a lo que se vio en Venezuela con la conducta de AD en los juicios contra Carlos Andrés Pérez, el partido liberal cerró filas y defendió a Samper, impidiendo su desafuero. Resultado paradójico considerando la fragmentación partidaria en Colombia y la tradicional cohesión y disciplina de los partidos venezolanos, particularmente de AD, calificada incluso por algunos de “leninista”. La diferencia se entiende nuevamente en la interrelación entre economía y política. En Venezuela, Pérez resultaba altamente impopular tanto fuera como dentro de su partido, porque implementó una política de ajuste fiscal, y asumió súbitamente la retórica de la modernización y de las reformas estructurales de mercado, que fueron contrarias al perfil populista histórico de AD, y de la cultura política venezolana. En cambio en Colombia, Samper marcó distancias frente a su antecesor César Gaviria, identificado con las reformas de mercado, y retomó las banderas “históricas” del liberalismo, y reivindicó su carácter popular. Este nuevo impulso de una ideología populista le permitió rearticular al liberalismo bajo su liderazgo, y ganar su lealtad en momentos difíciles.

¹⁸ Por el contrario el ex candidato Eduardo Fernández, de manera más consecuente, apoyó al presidente constitucional. La actitud de Caldera se entiende porque éste no podría lograr la nominación como candidato presidencial dentro del COPEI, necesitando hacerse de un espacio por fuera del partido. Una vez en la presidencia, Caldera amnistió a Chávez, hecho que permitió su postulación en las elecciones de 1998.

¹⁹ Sobre el “imaginario redentor” que terminaría encarnando el chavismo ver Arenas y Gómez, 2000.

Así, las elecciones de 1993 tomaron a AD bastante debilitado; sin embargo, su “colapso”, lo ocurrido a partir de 1998, no estaba en absoluto anunciado. Como ya vimos en la tabla 2, su candidato, Claudio Fermín, a pesar de que tuvo una enorme caída respecto a los resultados de 1988, quedó de todos modos en segundo lugar, detrás de Caldera. Es importante señalar cómo el liderazgo de Fermín es resultado de la renovación generada por el proceso de descentralización, resultado de las reformas de la COPRE. Fermín construyó su liderazgo basado en su gestión como alcalde de Caracas. Esta irrupción de nuevos liderazgos no fue sencilla, y enfrentó la oposición del aparato partidario tradicional: Fermín tuvo que competir duramente para conseguir la candidatura presidencial con Luis Alfaro Uceró y Héctor Alonso López (apoyado por Carlos Andrés Pérez). De otro lado, si analizamos los resultados de la elección en el congreso de 1993, encontramos que AD, si bien tuvo una importante caída respecto a las elecciones anteriores, se mantenía todavía como el partido más importante de Venezuela, claramente por encima de Convergencia y de La Causa Radical, nuevos movimientos que emergieron en esas elecciones.

Tabla 8: Venezuela: elecciones parlamentarias, 1989 y 1993

Agrupación Política	1989			1993			
	Votos %	Diputados	Senadores	Diputados		Senadores	
				Votos %	Cargos	Votos %	Cargos
AD	43.24	97	22	23.34	55	24.08	16
COPEI	31.06	67	20	22.62	53	22.81	14
MAS	10.14	18	3	10.81	24	10.88	5
CONVERG	---	---	---	13.6	26	13.44	5
LCR	1.65	3	---	20.68	40	20.79	9
PPT	---	---	---	---	---	---	---
MVR	---	---	---	---	---	---	---
PRVZL	---	---	---	---	---	---	---
Otras	13.91	16	1	8.95	5	8	0
Total cargos		201	46		203		50

Ya hemos visto cómo los conflictos internos de AD eventualmente llevaron al poder al COPEI, dentro de un esquema de alternancia en un formato bipartidista. Sin embargo, ello no se dio en las elecciones de 1993, porque también el COPEI fue gravemente afectado por conflictos internos. Vimos cómo en 1988 Rafael Caldera no logró alcanzar la candidatura presidencial del partido, distanciándose además de la candidatura de Eduardo Fernández. En 1992, Caldera no condenó los intentos de golpe de Estado, por el contrario se montó sobre la ola de simpatía que los golpistas despertaron y se sumó a las críticas al orden tradicional, y la política económica neoliberal, retomando un discurso populista. En las elecciones de 1993 Caldera formó un nuevo grupo político, Convergencia, una alianza que lo llevaría nuevamente a la presidencia. La salida de Caldera, fundador del partido, golpeó duramente al COPEI, de allí que no pudiera darse una lógica de alternancia bipartidista como antes²⁰. Con todo, tampoco COPEI tuvo en 1993 un desempeño que hiciera necesario lo que ocurrió en 1998. Si bien hubo una fuerte caída respecto a los resultados de 1988, COPEI seguía siendo, como siempre, la segunda fuerza política venezolana en el congreso, y su candidato presidencial quedó en tercer lugar (ver tablas 2 y 8). Eduardo Fernández no pudo lograr la candidatura presidencial nuevamente, derrotado por Oswaldo Álvarez, quien construyó su liderazgo político siendo Gobernador del Estado Zulia;

²⁰ Es muy interesante comparar la actitud de Rómulo Betancourt, líder histórico de AD, con la de Caldera. Aquél, después de ocupar la presidencia, no volvió a postular más; Caldera, por el contrario, participó en todas las elecciones que pudo. Creo que los efectos de ambas conductas son evidentes sobre el destino de sus respectivos partidos.

nuevamente, al igual que con Fermín en AD, la descentralización tuvo consecuencias en la renovación de liderazgos y en problemas internos.

Las tablas 2 y 8 muestran que la votación que perdieron AD y COPEI permitió la aparición no sólo de Convergencia, también de La Causa Radical, movimiento de izquierda de origen sindical con asentamiento en varias regiones del país²¹. Puede afirmarse que Venezuela, a partir de 1993, parecía encaminarse en una senda de evolución de sistema bipartidista tradicional, hacia un multipartidismo moderado, en el que AD y COPEI coexistirían con nuevos actores. Sin embargo, como sabemos, ello no ocurrió, y para entender el desenlace que se dio es crucial analizar la campaña electoral de 1998 y, nuevamente, la manera en que los conflictos intrapartidarios liquidaron las posibilidades, simultáneamente, de todos los actores del sistema, siendo eso lo que permitió la llegada al poder de un *outsider*. Para empezar, los movimientos emergentes, Convergencia y La Causa Radical, no lograron consolidarse entre 1993 y 1998. Convergencia pagó los costos de un mal desempeño gubernativo, como puede verse en la tabla 6, el desempeño de la economía entre 1993 y 1998 fue en general muy malo²²; el descrédito afectó también al MAS, parte de la coalición en el gobierno. Así, frente a las elecciones de 1998, Convergencia no presentó un candidato propio, y apoyó a la candidata Irene Sáez, quien obtuvo apenas el 2.82%; en el congreso, Convergencia obtuvo sólo 3 diputados y 2 senadores. El MAS se dividió frente a las elecciones de 1998, entre el sector más cercano al gobierno de Caldera y al Ministro de Planificación, Teodoro Petkoff, y los críticos a éste (Leopoldo Puchi y Felipe Mujica), que terminaron apoyando la candidatura de Hugo Chávez: el MAS aportó 9 puntos al 56.2% que obtuvo Chávez, y consiguió 22 diputados y 6 senadores (tabla 9).

Tabla 9: Venezuela, Elecciones parlamentarias, 1998

Agrupación Política	1998			
	Diputados		Senadores	
	Votos%	Cargos	Votos%	Cargos
AD	24.09	62	24.4	19
COPEI	11.96	28	12.15	7
MAS	8.88	22	9.12	6
CONVERG	2.46	3	2.35	2
LCR	2.98	6	2.97	1
PPT	3.45	7	3.36	1
MVR	19.87	41	19.75	11
PRVZL	10.44	20	10.16	4
Otras	15.87	18	15.73	3
Total cargos		207		54

Quizá La Causa Radical habría sido el movimiento más indicado para cubrir el vacío dejado por Convergencia y el MAS, como movimiento contestatario, no parte del orden “tradicional”; sin embargo, ellos también se dividieron antes de las elecciones de 1998, y un sector que cuestionó el liderazgo de Andrés Velásquez salió en abril de 1997 para fundar un nuevo movimiento, Patria Para Todos (PPT), bajo la conducción de Pablo Medina. LCR presentó candidato presidencial, Alfredo Ramos, que apenas obtuvo el 0.1% de los votos; y consiguió un senador y seis diputados. El PPT apoyó la candidatura de Chávez, aportando 2.19 puntos, y obtuvo 7 diputados y un senador.

²¹ Sobre la Causa R ver López Maya, 1997 y 2001.

²² Una visión global de la economía en el periodo 1989-1998 puede verse en Hidalgo, 2000, y en Kelly, 2001.

COPEI continuó el proceso de decaimiento iniciado con la salida de su fundador, Rafael Caldera; en 1998 no logró presentar candidato presidencial, pese a que Luis Herrera y Donald Ramírez pretendieran la nominación; el partido apoyó primero a Irene Sáez y luego a otro independiente, Henrique Salas Römer, y aportó apenas 2.15 puntos al 40% que obtuvo. En congreso, COPEI obtuvo menos de la mitad de los votos que ganó en 1993. AD tuvo un mejor desempeño en el congreso, pero en el ámbito presidencial fue un auténtico desastre. La importancia del liderazgo de Fermín y la creciente presencia de líderes surgidos en alcaldías y gubernaturas generó una reacción del aparato tradicional, liderado por Raúl Alfaro Ucero; esto terminó causando la salida de Claudio Fermín del partido, obteniendo Ucero la candidatura. Tan poco respaldo logró concitar que finalmente AD retiró su candidatura, apoyando la de Salas Römer, aportando 9.05 puntos²³; en el congreso, AD mantuvo gruesamente la misma votación que obtuvo en 1993, lo que le bastó para ser nuevamente el partido más importante del congreso electo en 1998. En noviembre de 1998 también se eligieron gobernadores, y AD volvió a ser el partido con más gobernadores electos. La diferencia entre el desastre de la votación presidencial con el relativamente buen desempeño en el ámbito de las gubernaturas y los aceptables resultados en el congreso sugieren que el problema de AD se ubicó básicamente en su pésimo manejo de la candidatura presidencial.

Tabla 10: Venezuela, Número de Gobernadores electos por agrupación política (1989-2000) (a)

Agrupación Política	1989	1992(b)	1995	1998	2000
AD	11	7 (8)	12	7	2
COPEI	6	11 (9)	3	3	1
MAS	2	3 (4)	4	3	3
LA CAUSA R	1	1	1	-	-
CONVERGENCIA	-	-	1	1	1
INDEPENDIENTES	-	-	1	-	1
MVR	-	-	-	7	12
PRZVL-PROCA	-	-	-	1	1
MERI-COPEI-AD	-	-	-	1	-
PPT	-	-	-	-	2
TOTAL	20	22	22	23	23

(a) En atención a la organización política que obtuvo mas votos

(b) Comicios repetidos

Fuente: CSE/CNE Dirección de Estadísticas Electorales. Tomado de Maingón, 2001

Las elecciones presidenciales de 1998 tuvieron al final dos grandes protagonistas, Hugo Chávez, quien obtuvo el 56.2% de los votos, y Henrique Salas Römer, el 39.97%. Aparentemente, el triunfo de Chávez era de una necesidad inexorable, dado el contexto de crisis, el descrédito del sistema tradicional y sus conflictos internos, y la debilidad de las fuerzas emergentes en 1993. Sin embargo, Chávez y el MBR-200 siempre dudaron en presentarse a las elecciones, en entrar al juego “del sistema”, y es recién en abril de 1997 que se decidió terminar con una posición abstencionista²⁴. Chávez recién empezó a liderar las encuestas de intención de voto a inicios de 1998, después de la debacle de sus competidores; a lo largo de 1997, primero Claudio Fermín y luego Irene Sáez aparecían como los candidatos favoritos. Como puede verse, la campaña de las elecciones de 1998 fue extremadamente volátil, por lo que no puede explicarse fácilmente a partir

²³ Ucero mantuvo su candidatura a pesar de que AD le quitó posteriormente su apoyo, y obtuvo apenas el 0.42% de los votos.

²⁴ Ver al respecto López Maya 2001a.

de variables macro como el descrédito del sistema. Fueron los errores de los partidos del sistema, sus conflictos internos, precisamente en una coyuntura en la que eran particularmente vulnerables, los que explican la llegada de un personaje como Chávez al poder. Las divisiones de los partidos en Venezuela son consecuencia de la manera en que estaban estructurados: jerárquicamente, a través de una suerte de oligopolios en disputa, que el que los conflictos resultaban muy difíciles de manejar.

La destrucción del viejo orden, pero sin crear otro alternativo

En el Perú, una vez en el poder, el éxito de Fujimori en estabilizar la economía, y sus posteriores logros en el combate al terrorismo (ver tablas 3, 4 y 5) le permitió construir una coalición que secundó su liderazgo, de naturaleza autoritaria, antipolítica y antiinstitucional²⁵. En Venezuela, Chávez lanzó desde su campaña electoral la idea de que para transformar el país debía empezarse por el cambio institucional, por el desmontaje del orden de 1958, expresado en la Constitución de 1961. La conmovición que implicó su llegada al poder, la crisis interna que llegó hasta límites insospechables de los partidos tradicionales, y el apoyo que recibió por parte de la élite en el poder²⁶, ayudan a entender cómo logró rápidamente destruir el orden institucional precedente. La consolidación que alcanzaron ambos líderes (mucho más firme en el caso de Fujimori y mucho más volátil en el caso de Chávez) permitió que no terminaran como otros líderes que llegaron al poder cuestionando el *establishment*, pero que fueron derrotados por éste (Collor en Brasil, Serrano Elías en Guatemala, Bucaram en Ecuador).

Tanto Fujimori como Chávez construyeron un nuevo orden institucional bajo su hegemonía política, que se expresó en nuevas Constituciones y la intervención de todos los poderes públicos. Fujimori hizo esto valiéndose de un autogolpe (abril de 1992) y luego la convocatoria a la elección del Congreso Constituyente Democrático (noviembre de 1992); Chávez por medio de la convocatoria a un referéndum para aprobar una Asamblea Constituyente (abril 1999), que luego pasó por encima del Congreso y de todos los poderes públicos. Como consecuencia, si bien podría argumentarse que ambos se mantuvieron gruesamente dentro de los márgenes de la legalidad y gozaron de un amplio respaldo electoral, lo cierto es que debilitaron de manera sustancial el pluralismo, la competencia, el equilibrio entre poderes (*accountability horizontal*) y mostraron conductas claramente autoritarias²⁷. El desbalance se vio acentuado por la incapacidad de la oposición a ambos líderes para consolidar una alternativa viable. Esto nos lleva a la discusión de la calidad de las democracias, y cómo conceptualizar a los regímenes políticos, como democráticos o autoritarios.

En el caso peruano, después del golpe de abril de 1992, Fujimori convocó a un nuevo congreso con funciones paralelas de Asamblea Constituyente, instalándose en noviembre de 1992 el Congreso Constituyente Democrático (CCD), con mayoría fujimorista, a diferencia del congreso 1990-1992, en el que era minoría²⁸. El retorno al orden constitucional se “completó” con el referéndum de octubre de 1993, en el que se aprobó la nueva Constitución (por un escaso margen²⁹), y con las elecciones generales en 1995, de presidencia y congreso, en las que Fujimori fue reelecto cómodamente en primera vuelta, con más del 64% de los votos, y con mayoría en el

²⁵ Sobre el fujimorismo en general ver Cotler y Grompone, 2000; Degregori, 2000; Rospigliosi, 2000; Marcus y Tanaka, 2001, entre otros.

²⁶ La conducta de los medios hacia Chávez, por ejemplo, fue relativamente favorable hasta la Asamblea Constituyente de 1999, cuando empezó un distanciamiento que después pasó a ser de abierto enfrentamiento. Un camino que ilustra bien esta trayectoria es el de Alfredo Peña, ex director del diario El Nacional, luego electo constituyente y luego alcalde de Caracas por el MVR, y ahora uno de los líderes de la oposición a Chávez. Ver Petkoff, 2002.

²⁷ Sobre el caso peruano ver Conaghan, 2001, y Tanaka, 2002; sobre Venezuela ver Coppedge, 2002.

²⁸ En las elecciones de abril de 1990, Cambio 90 obtuvo el 21.7% de los votos para el senado y el 16.5% para diputados, mientras que en noviembre de 1992, Nueva Mayoría – Cambio 90 obtuvo el 49.2% de los votos; así, de un total de 80 congresistas, Cambio 90 – Nueva Mayoría obtuvo 44 escaños.

²⁹ El “Sí” se impuso al “No” por un 52 frente a un 48%, en medio de varias denuncias de fraude.

congreso unicameral³⁰. Sin embargo, los problemas empezaron poco después de su reelección. Al ser el fujimorismo un movimiento altamente personalizado, requería la continuidad *personal* de Fujimori en el poder, no tanto del fujimorismo, movimiento sin mayor existencia más allá del líder (por eso se desplomó políticamente una vez que éste fugó al Japón en noviembre de 2000).

El camino seguido por Fujimori después de 1992 es una interesante ilustración de cómo construir un orden autoritario por medios “democráticos”, cuando se tiene una mayoría y cómo sobre la base de una invocación democrática mayoritaria, se destruye el equilibrio republicano y las libertades liberales³¹. Esto debería llevar a una discusión a fondo no sólo sobre cómo conceptualizar la democracia, también sobre cómo debe tratar esos asuntos la comunidad internacional. De hecho, la OEA fue bastante permisiva con el fujimorismo, pese a su autoritarismo, porque era un mandatario electo constitucionalmente; y ahora se ve nuevamente en una situación similar respecto a Chávez.

Los caminos seguidos por Fujimori para erigir un gobierno autoritario podrían resumirse dando cuenta de la ley de reelección y de las maniobras destinadas a impedir algún cuestionamiento a su candidatura presidencial en el 2000³². En agosto de 1996 el congreso, con clara mayoría fujimorista, dio la ley de “interpretación auténtica” de la Constitución, según la cual el primer periodo presidencial de Fujimori no había sido el de 1990-1995, sino el de 1995-2000, (dado que el primero había sido regido por la Constitución de 1979, no de 1993), permitiendo así que Fujimori pudiera postular a su “primera reelección” en el 2000. Inmediatamente, en setiembre de 1996, varios líderes de oposición iniciaron el proceso de recojo de firmas para solicitar un referéndum en contra de la ley de “interpretación auténtica”. La respuesta llegó en octubre de 1996, cuando el congreso dio una ley normando el ejercicio del referéndum, señalando que para convocarlo, no sólo se requerían firmas de la ciudadanía, sino también el voto aprobatorio de cuando menos dos quintos del total de congresistas (48 votos). El camino para impedir el referéndum implicó después que el congreso se enfrentara a los jueces del Tribunal Constitucional, que en enero de 1997 declararon por mayoría simple inaplicable la ley de interpretación auténtica; el congreso, en mayo de ese año, respondió destituyendo a los magistrados que votaron por esa interpretación. En julio de 1998, los promotores del referéndum presentaron a la Oficina Nacional de Procesos Electorales (ONPE) los planillones con 1'441,535 firmas de ciudadanos; en agosto, la ONPE aplicó la ley de referéndum de octubre de 1996, con lo cual, en vez de convocar al referéndum, envió el pedido al congreso, donde la oposición no pudo conseguir los 48 votos que necesitaba.

Fujimori no sólo necesitó bloquear el camino del referéndum: también tenía que evitar que el Jurado Nacional de Elecciones (JNE) pudiera declarar fundada alguna tacha en contra de su candidatura, invocando su inconstitucionalidad. Para ello, tenía que controlar al JNE. Según el artículo 179 de la Constitución de 1993, el JNE está compuesto por cinco miembros:

1. Uno elegido en votación secreta por la Corte Suprema entre sus magistrados jubilados o en actividad (...)
El representante de la Corte Suprema preside el Jurado Nacional de Elecciones.
2. Uno elegido en votación secreta por la Junta de Fiscales Supremos, entre los Fiscales Supremos jubilados o en actividad.

³⁰ Fujimori obtuvo el 64.4% de los votos presidenciales, y su movimiento el 52.1% de los votos congresales; su más cercano competidor, Javier Pérez de Cuéllar, obtuvo el 21.8% de los votos presidenciales, y su movimiento, Unión por el Perú (UPP), el 14% de los votos congresales. Así, en el congreso electo en 1995 surgieron claramente dos grandes bloques: el vinculado al gobierno, Cambio 90 – Nueva Mayoría, con 67 de 120 escaños; y el de la oposición, encabezado por la UPP, con 17. El grupo político con mayor cantidad de escaños después de estos dos fue el partido aprista, pero con sólo 8 representantes.

³¹ Ver O'Donnell, 1998.

³² Sobre estos puntos ver Ames *et.al.*, 2001; Bernal, 2000 y 2001; Sanborn, *et.al.*, 2000, entre otros.

3. Uno elegido en votación secreta por el Colegio de Abogados de Lima, entre sus miembros.
4. Uno elegido en votación secreta por los decanos de las Facultades de Derecho de las universidades públicas, entre sus ex decanos.
5. Uno elegido en votación secreta por los decanos de las Facultades de Derecho de las universidades privadas, entre sus ex decanos.

La estrategia fue simple. En junio de 1996, se declaró la reorganización del Poder Judicial y del Ministerio Público, crándose el Consejo de Coordinación Judicial; en enero 1997 se creó la Comisión Ejecutiva del Ministerio Público, y en diciembre de 1997 se dictó la homologación de magistrados titulares y provisionales, designados por las entidades interventoras. Con estas medidas el gobierno se aseguró dos votos. En noviembre de 1997 se declaró la intervención de las universidades públicas, con lo que se pasó a controlar a los decanos de las facultades de derecho; con esto, el fujimorismo podía contar con tres de los cinco votos. Para asegurarse, en mayo de 1998 el congreso dio una ley por la cual se modificó la modalidad de votación del JNE para declarar fundadas las tachas e impugnaciones de candidaturas: se pasó de mayoría simple (tres votos) a una mayoría calificada de cuatro votos, con lo que la tacha se hizo prácticamente imposible. En efecto, en diciembre 1999 se inscribió la candidatura de Alberto Fujimori, fue tachada por la oposición, y finalmente la tacha fue desestimada por el JNE.

Lo que se ve es que el camino de la reelección implicó el control prácticamente absoluto de todas las instituciones del Estado. Esto se haría aún más claro en la campaña electoral del 2000, en la que los recursos públicos se movilizaron con el propósito de favorecer al candidato del gobierno, involucrándose incluso a las Fuerzas Armadas³³.

En el caso de Venezuela³⁴ encontramos algunos elementos comunes con el Perú. El primer paso de Chávez fue terminar con el congreso electo en noviembre de 1998, en el que AD tenía la primera minoría; también con los gobernadores, en los que AD todavía tenía presencia importante. Para ello Chávez, el 2 de febrero de 1999, el día de la toma de mando, llamó a un referéndum para convocar una Asamblea Nacional Constituyente (ANC). Este se llevó a cabo el 25 de abril de 1999, en el que la convocatoria se aprobó con más del 80% de los votos válidos, pero con un ausentismo mayor al 60%. El 25 de julio de 1999 se realizaron las elecciones para elegir a los miembros de la Asamblea Nacional Constituyente; en ellas nuevamente se registró un alto ausentismo (mayor al 53%). Lo interesante es que Chávez organizó esta elección con un sistema electoral mayoritario, que le permitió obtener, con el 65.5% de los votos, el 94.5% de los

³³ Ver los numerosos informes de observación electoral de las elecciones de 2000, realizados por la misión de la Organización de Estados Americanos (OEA), el *Carter Center*, el *National Democratic Institute*, el Departamento de Estado de los Estados Unidos, la Federación Internacional de Derechos Humanos, el *Electoral Reform International Service*, o el *Washington Office on Latin America*; también los informes de observadores nacionales como Transparencia, el Foro Democrático, el Consejo por la Paz, y la Defensoría del Pueblo (*Ombudsman*), instancia gubernamental.

³⁴ Sobre los temas vistos en esta parte ver Gómez y Patruyo, 2000; Maingón *et.al.*, 2000, entre otros.

escaños (121 de 128 escaños)³⁵; por el contrario, la oposición, con un 34.5% de los votos, obtuvo apenas el 5.5 restante³⁶.

Con esa cómoda mayoría, el chavismo pudo elaborar la Constitución sin necesidad de hacer concesiones a la oposición³⁷. El 15 de diciembre de 1999 fue realizado el Referéndum para aprobar la nueva Constitución, que remplazaría a la anterior Carta Magna de 1961. Aunque el “sí” obtuvo el 72% de los votos válidos, un 56% de la población apta para votar no participó. Lo que realmente acabó con el equilibrio de poderes en Venezuela fue que la ANC, el 23 de diciembre de 1999, invocando ser la encarnación de la voluntad soberana, y la expresión de un nuevo orden institucional, disolvió e intervino los demás poderes públicos: el Congreso de la República, el Consejo de la Judicatura, la Corte Suprema de Justicia y las Asambleas Legislativas³⁸.

Gran parte de las nuevas autoridades, cuyo mandato se ubicó ya dentro del nuevo marco constitucional, fueron elegidas en el 2000. El 30 de julio de 2000 fueron celebradas elecciones para Presidente de la República, diputados de la Asamblea Nacional (antiguo Congreso Nacional), gobernadores (de las 23 entidades federales), diputados de los Consejos Legislativos de los Estados (antiguas Asambleas Legislativas), Alcalde Metropolitano, Alcaldes, Concejales al Cabildo Metropolitano, y los representantes al Parlamento Latinoamericano y al Parlamento Andino; elección por supuesto realizada en el contexto de la hegemonía chavista, lo que le permitiría, por medios “constitucionales” y mayoritarios, construir un poder casi absoluto y sin contrapesos institucionales, que le permitiría un manejo autoritario del poder, aunque amparado por una legalidad en gran medida desprovista de sentido. En estos comicios Hugo Chávez fue reelecto presidente con el 59.75% de los votos (frente al 37.5% de Francisco Arias), y el MVR consiguió el 55% de los cargos a diputados³⁹.

Tabla 11: Diputados Electos a la Asamblea Nacional
Por agrupación política (1993-2000)

³⁵ Es interesante acá la comparación entre los sistemas electorales empleados por Chávez y Fujimori. Dado que el fujimorismo era mayoría, a Fujimori le habría convenido también elegir el congreso unicameral con un sistema mayoritario en 1993, 1995 y 2000; sin embargo en las tres ocasiones se eligió el congreso en distrito único, sistema altamente proporcional, con ventajas para las minorías. ¿Por qué? Fujimori quería tener un control total sobre su bancada, no quería negociar con poderes regionales o locales, cosa inevitable aunque hubiera control sobre el proceso de nominación. Esto porque Fujimori nunca logró constituir un movimiento político. Por el contrario, Chávez en 1998 se había hecho de una mínima organización política, armada entre su salida de prisión y las elecciones de 1998.

³⁶ ¿Cómo se explica la enorme diferencia entre el resultado de las elecciones de congreso de 1998 y el de la Constituyente de 1999? Creo que, de un lado, los partidos no se recuperaban de la crisis, y de otro lado, no tomaron muy en serio a la Constituyente, en un grave error de cálculo; la prueba es la elección de congreso del 2000 muestra un AD mucho más fuerte; ver tabla 11.

³⁷ Creo importante señalar que no me parece que pueda decirse que se trata de una Constitución “hecha a la medida” de un régimen autoritario, como tampoco lo fue la Constitución de 1993 aprobada en el Perú. Por el contrario, se trató de Constituciones en las que el espíritu de los legisladores estuvo centrado en la promoción de mecanismos de “democracia directa”; precisamente ellas se convirtieron en un importante obstáculo tanto para Fujimori como para Chávez, y fueron una herramienta útil para la oposición en el Perú y lo son ahora en Venezuela.

³⁸ En enero de 2000 se autodisolvió la ANC, y fue reemplazada por el “congresillo”, órgano compuesto por algunos miembros de la ANC y otros designados por ella misma, en vigencia mientras entrara en funciones el nuevo congreso.

³⁹ Sobre las elecciones del 2000 ver Carrasquero *et.al.*, 2000; y Maingón, 2001. Es interesante registrar que AD, si bien no presentó candidato presidencial, mantiene una importante presencia en el congreso, siendo la primera fuerza de oposición; de otro lado, llama la atención que La Causa Radical, a pesar de ser el principal soporte de la votación obtenida por Arias Cárdenas (participa con unos 19 puntos del 37.5% que obtuvo, logró una minúscula votación en la cámara de diputados.

Agrupación Política	1993		1998		2000	
	Cargos	%	Cargos	%	Cargos	%
AD	71	28,1	81	31,03	33	20,0
COPEI	67	26,5	35	13,4	6	3,6
LCR	49	19,4	7	2,7	3	1,8
MAS	29	11,5	28	10,7	6	3,6
CONVERGENCIA	32	12,6	5	1,9	1	0,6
MVR	-	-	52	19,9	92	55,8
PPT	-	-	8	3,1	1	0,6
PRVZL	-	-	24	9,2	6	3,6
OTROS	5	1,9	21	8,1	9	5,5
MPJ	-	-	-	-	5	3,1
INDÍGENAS	-	-	-	-	3	1,8
TOTAL	253	-	261	-	165	-

Para los años 1993 y 1998 se sumaron las dos cámaras.

Fuente: CSE/CNE: Dirección de Estadísticas Electorales. Tomado de Maingón, 2001.

Ø Ø Ø Ø Ø

Ahora bien, con todo, el fujimorismo nunca logró constituir un orden institucional alternativo al que destruyó. Ciertamente logró una relativamente larga etapa de estabilidad y hegemonía; Fujimori tuvo niveles de aprobación a su gestión superiores al 65% en promedio entre octubre de 1991 y octubre de 1996, fue reelecto en 1995, su aprobación luego tuvo un promedio de 39.5% entre noviembre de 1996 y diciembre de 1998, pero se recuperó a un 47.8% entre enero de 1999 y abril del 2000, lo que le permitió una como sabemos cuestionada segunda reelección. A pesar de ello, no logró consolidar una nueva institucionalidad, por la naturaleza personalista de su liderazgo. No logró erigir nada parecido al PRI en México, por así decirlo. No construyó propiamente partido u organización que heredara su capital político, ni respetó las instituciones que creó a partir de 1993. De ese personalismo se derivó también la necesidad de perpetuarse en el poder. Finalmente, el personalismo lo hizo muy vulnerable a los conflictos entre los personajes que detentaron el poder: el propio Alberto Fujimori, el Comandante General del Ejército, Nicolás Hermoza, y el asesor del Servicio de Inteligencia Vladimiro Montesinos. Finalmente, la caída del fujimorismo se explica fundamentalmente por los conflictos entre el presidente y su asesor.

En el caso de Chávez, encontramos un patrón similar, consecuencia también de su personalismo e improvisación como líder político. No ha logrado constituir una sólida organización de respaldo, e incluso poco a poco se ha ido aislando de aliados potenciales. El MVR ha entrado en conflicto con el Movimiento Bolivariano 200, y la alianza con otros grupos como el MAS o el PPT también entró rápidamente en crisis. Esto hace que Chávez dependa cada vez más de sus aliados en las Fuerzas Armadas, lo que implica crecientes grados de politización de éstas e intervención en política, e incertidumbre respecto a la viabilidad de su gobierno. Todo esto tiene como consecuencia crecientes niveles de polarización y descontento, que se expresaron dramáticamente en los sucesos de abril último (2002), cuando se produjo una masiva demostración de protesta en contra del gobierno, que generó una brutal represión y enfrentamientos, que desencadenaron un golpe de Estado por parte de un sector de las FF.AA., y la breve toma de mando del empresario de FEDECÁMARAS, Pedro Carmona como presidente; mandato que duró apenas un par de días, después de los cuales Chávez volvió al poder secundado por sectores militares fieles.

Este desenlace se explica en gran medida por la debilidad y dispersión de la oposición, la ausencia de una estrategia común frente al gobierno de Chávez, de una alternativa clara, con respaldo suficiente, que no constituya una simple vuelta a un pasado rechazado también por la ciudadanía. Algo similar se dio y se da en el caso peruano. La oposición al fujimorismo nunca logró propiamente capitalizar el desgaste de éste, constituir una alternativa clara. La caída del

fujimorismo, contrariamente a algunas visiones, no fue consecuencia del avance de la oposición, o de las protestas sociales. Esta ilusión ha generado el problema de sobreestimar las capacidades de los grupos políticos que ahora manejan el congreso y están en el centro de la escena política, y subestimar la continuidad de patrones propios del fujimorismo, que se mantienen en la cultura política, los medios de comunicación, el poder judicial, y otras instituciones⁴⁰. De allí que la campaña electoral en las nuevas elecciones de 2001 expresara la gran debilidad a los actores que participaron en ellas, y también la extrema precariedad del nuevo gobierno de Alejandro Toledo.

Ambos países sufren actualmente las consecuencias de la no existencia de un sistema de partidos propiamente dicho, de la debilidad de los nuevos liderazgos y movimientos que han aparecido en los últimos años, es decir, de la precariedad tanto de los grupos en el poder como en la oposición. En el vacío dejado por el sistema de partidos colapsado, se instauraron gobiernos autoritarios que tampoco lograron erigir un nuevo partido hegemónico, y los nuevos movimientos emergentes en los últimos años se caracterizan por su personalismo, precariedad, improvisación, y volatilidad. Para ellos, dado este carácter, sus recompensas políticas son bajas: basta con obtener algunas alcaldías, gubernaturas o asientos en las asambleas legislativas, posicionarse allí, y desde esas posiciones intentar crecer y consolidarse a futuro. Esto incentiva lógicas de corto plazo, dificulta la formación de coaliciones y genera un escenario de fragmentación. En el Perú ésta es la historia a la base de movimientos como Unión por el Perú, Somos Perú, Solidaridad Nacional, y en las dificultades que experimentan ahora partidos como Perú Posible y Unidad Nacional⁴¹. En Venezuela, algo similar puede afirmarse de movimientos como Proyecto Venezuela, o de grupos nuevos como Primero Justicia y otros.

Los desafíos: cómo construir democracias sin partidos

De las características del fujimorismo y el chavismo, y de la oposición que aquél enfrentó y éste enfrenta, salen los desafíos que el Perú y Venezuela tienen por delante. En Perú, el desafío ahora es remontar la tradición que deja una década de autoritarismo, de destrucción de las instituciones estatales, manejadas para mantener en el poder al fujimorismo, pero también el problema de la debilidad de las organizaciones sociales y políticas. El sistema de partidos de los ochenta fue destruido, su espacio fue ocupado por el fujimorismo y por movimientos independientes, pero ninguno de ellos logró consolidarse. El fujimorismo afectó también las capacidades de acción colectiva de la sociedad, minando la representatividad de los actores sociales, aislándolos de la sociedad en general.

El nuevo gobierno de Alejandro Toledo enfrenta expectativas altas que no podrán ser satisfechas, después del desplome del fujimorismo y cuatro elecciones presidenciales y dos de congreso sucesivas, en las que hubo promesas electorales desmedidas de parte de todos los actores. Además, la democratización, la “descompresión” política que trajeron tanto el gobierno provisional del presidente Paniagua como del presidente Toledo, han generado incentivos que han permitido una reactivación de movimientos de protesta importantes (regionales y de algunos gremios). Esto se inscribe dentro de una nueva lógica “democratista” del actual gobierno, muy reactiva y de rechazo mecánico a todo aquello que pueda asociarse de alguna forma al autoritarismo fujimorista, por lo que deja la impresión de ser un gobierno indeciso y sometible a presiones. Esto ha terminado agravándose por el inicio de un proceso de reforma institucional que incentiva la movilización y protesta de sectores hasta hace poco desmovilizados (por ejemplo, el proceso de reforma constitucional y el proceso de descentralización con elecciones regionales, previstas para noviembre de 2002). Más demandas, incentivos institucionales para la movilización, con escasa capacidad para satisfacerlas, que no se canalizan por medio de partidos débiles y poco representativos, deja perspectivas no muy optimistas en el mediano plazo para el

⁴⁰ Ver Tanaka y Zárate, 2002.

⁴¹ La única excepción relativa es el APRA, pero sólo hasta cierto punto, dada la acentuación de su carácter caudillista. No hay que olvidar que el candidato presidencial del APRA, Abel Salinas obtuvo apenas el 1.38% de los votos en la elección de 2000, y la lista del APRA el 5.5% de los votos para el congreso; mientras que Alan García sacó el 25.8% de los votos en la primera vuelta presidencial de 2001, el 46.9% en la segunda, y la lista del partido el 19.7% de los votos para el congreso.

Perú. Por ello el rápido deterioro en la aceptación de la gestión del presidente Toledo en sus primeros meses de gobierno, y las protesta que enfrenta, sobre todo de las regiones⁴².

Tabla 12: Aprobación a la gestión del presidente Toledo

	Aprueba
Agosto 2001	59
Setiembre 2001	50
Octubre 2001	42
Noviembre 2001	32
Diciembre 2001	30
Enero 2002	32
Febrero 2002	28
Marzo 2002	25
Abril 2002	26
Mayo 2002	22
Junio 2002	21

Fuente: APOYO, datos de Lima Metropolitana

Tabla 13: En general, ¿diría usted que aprueba o desaprueba la gestión de Alejandro Toledo como presidente de la República?

Respuestas	Total	Regiones						
		Ámbito	Costa	Costa	Sierra	Sierra	Sierra	Sierra
		Lima	Interior	Norte	Sur	Norte	Sur	Sierra
	%	%	%	%	%	%	%	%
APRUEBA	27	28	26	23	23	24	24	39
DES-APRUEBA	65	62	67	71	70	68	70	53
NO PRECISA	8	10	7	6	7	8	6	8
Total 100% Base Real	1568	568	1000	260	130	180	250	180
Distribución Ponderada	100%	30.3%	69.7%	18.2%	9.3%	12.5%	17.1%	12.6%

Fuente: Apoyo Opinión y Mercado S.A., febrero 2002

En Venezuela, el desafío es conseguir que el gobierno de Chávez no siga un camino similar al del fujimorismo, evitar que su control sobre las instituciones, la ausencia de equilibrios y contrapesos lleve a un debilitamiento extremo de la competencia política y el pluralismo, que lleve a crecientes arbitrariedades, autoritarismo, y corrupción. Un camino como ése puede generar una mayor polarización a la ya existente, y dar paso a un ciclo de mayor inestabilidad y violencia. De hecho, la oposición a Chávez oscila entre estrategias violentas, la apelación a un golpe de Estado (como en abril de 2002 pasado), y algún tipo de solución institucional negociada (referéndum, por ejemplo, que lleve a un recorte de mandato y nuevas elecciones). En todo caso,

⁴² Ver Tanaka, 2002a. Una muestra elocuente del rápido deterioro de la gestión de Toledo la da una encuesta de la Universidad de Lima, aplicada en Lima metropolitana en el mes de abril de 2002, según la cual un 31.5% aprueba la gestión como presidente de la república entre 1990 y el 2000 de Alberto Fujimori, y un 62.4% la desaprueba; mientras que la gestión de Toledo es aprobada por un 25.4%, y desaprobada por un 67.6%.

la oposición a Chávez está dispersa y sin proyecto alternativo claro, por lo que no es fácil vislumbrar salidas a la situación actual. En ambos países asistimos a las dificultades de hacer política sin partidos⁴³, sin instituciones, por lo que el pronóstico es un tanto pesimista. La esperanza es que la misma gravedad de la situación permita un aprendizaje político colectivo que lleve a conductas más moderadas, enfrentamientos menos extremos, y políticas de concertación, en medio de la precariedad de los actores.

⁴³ Levitsky y Cameron, 2001.

Referencias bibliográficas

- Ames, Rolando, *et.al.*
2001 *Situación de la democracia en el Perú (2000-2001)*. Lima, PUCP.
- Bernales, Enrique
2000 “La ilegitimidad constitucional del tercer gobierno de Alberto Fujimori”. En: Anicama, Cecilia, *et.al.: Perú 2000: un triunfo sin democracia*. Lima, Comisión Andina de Juristas.
2001 “Aspectos constitucionales de la transición democrática”. En: Cecilia Anicama, *et.al., Las tareas de la transición democrática*. Lima, Comisión Andina de Juristas.
- Arenas, Nelly, y Luis Gómez Calcaño
2000 *El imaginario redentor: de la revolución de octubre a la Quinta República Bolivariana*. Temas para la Discusión, Serie Arbitrada n° 6. Caracas, CENDES.
- Armijo, Leslie, Thomas Biersteker, y Abraham Lowenthal
1994 “The Problems of Simultaneous Transitions”. En: *Journal of Democracy*, vol. 5 n° 4.
- Benton, Allyson L.
1997 “Patronage Games: The Effects of Economic Reform on Intra-Party Politics in Venezuela”. Paper Prepared for Delivery at the 1997 Meeting of the Latin American Studies Association. Guadalajara, México.
- Caballero, Manuel
2000 *La gestación de Hugo Chávez. 40 años de luces y sombras en la democracia venezolana*. Madrid, Catarata.
- Carrasquero, José Vicente, Thais Maingon y Friedrich Welsch, eds.
2001 *Venezuela en transición: elecciones y democracia 1998-2000*. Caracas, REDPOL.
- Conaghan, Catherine
2001 *Making and Unmaking Authoritarian Peru: Re-Election, Resistance, and Regime Transition*. The North-South Agenda, papers 47. Junio. University of Miami.
- Coppedge, Michael
2000 “Popular Sovereignty versus Liberal Democracy in Venezuela”. En: Jorge I. Domínguez y Michael Shifter, eds., *Constructing Democratic Governance*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, en prensa. □
1994 *Strong Parties and Lame Ducks. Presidential Partyarchy and Factionalism in Venezuela*. Stanford, Stanford University Press.
- Corrales, Javier
2000 “Presidents, Ruling Parties, and Party Rules. A Theory on the Politics of Economic Reform in Latin America”. En: *Comparative Politics*, enero.
- Cotler, Julio, y Romeo Grompone
2000 *El fujimorismo: ascenso y caída de un régimen autoritario*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

- Crisp, Brian, Daniel Levine y José E. Molina
2000 "The Rise and Decline of COPEI in Venezuela". Documento inédito.
- Degregori, Carlos Iván
2000 *La década de la antipolítica. Auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*. Lima, IEP.
- Gómez Calcaño, Luis, y Thanalí Patruyo
2000 "Entre la esperanza popular y la crisis económica: transición política en Venezuela". En: *Cuadernos del CENDES*, año 17, n° 43, segunda época. Enero-abril. Caracas.
- Hidalgo, Manuel
2000 "Liderazgo político y reforma económica: el caso de Venezuela, 1989-1998". En: *Zona Abierta*, n° 90/91. Madrid, Ed. Pablo Iglesias.
- Jácome, Francine
1999 "Reformas políticas en Venezuela: una evaluación preliminar". En: *Ciencias de Gobierno*, n° 6, julio-diciembre. Instituto Zulia de Estudios Políticos, Económicos y Sociales.
- Kelly, Janet
2001 "The Syndrome of Economic Decline and the Quest for Change". Documento inédito.
- Kornblith, Miriam
1998 *Venezuela en los noventa. La crisis de la democracia*. Caracas, IESA.
- Levine, Daniel, y Brian Crisp
1999 "Venezuela: The Character, Crisis, and Possible Future of Democracy". En: Larry Diamond *et.al.* eds.: *Democracy in Developing Countries. Latin America*. Second Edition. Boulder, Lynne Rienner Publishers.
- Levitsky, Steve, y Maxwell Cameron
2001 "Democracy without Parties? Political Parties and Regime Change in Fujimori's Peru". Ponencia presentada en el XXIII Congreso del *Latin American Studies Association*, Washington D.C.
- López Maya, Margarita
2001 "Partidos de vocación popular en la recomposición del sistema político venezolano: fortalezas y debilidades". Ponencia presentada en el XXIII Congreso del *Latin American Studies Association*, Washington D.C.
2001a "Hugo Chávez Frías: su Movimiento y su Presidencia". Documento inédito.
2000 "La protesta popular venezolana entre 1989 y 1993 (en el umbral del neoliberalismo)". En: Margarita López Maya, ed.: *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste*. Caracas, Nueva Sociedad.
1997 "The Rise of Causa R in Venezuela". En: Douglas Chalmers *et.al.*, eds.: *The New Politics of Inequality in Latin America. Rethinking Participation and Representation*. Oxford University Press.
- Maingon, Thais
2001 "Comportamiento político electoral del venezolano y construcción de tendencias: 1998 y 2000". Documento inédito.

- Maingon, Thais, Carmen Pérez y Heinz Sonntag
2000 “La batalla por una nueva Constitución para Venezuela”. En: *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 62, n° 4, octubre-diciembre. México D.F.
- Marcus, Jane, y Martín Tanaka
2001 *Lecciones del final del fujimorismo. La legitimidad presidencial y la acción política*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- Mayorga, Fernando
2002 “Outsiders and Neopopulism: The Road to Plebiscitarian Authoritarianism”. Ponencia presentada en el seminario “*The Crisis of Democratic Representation in the Andes*”. The Helen Kellogg Institute for International Studies, University of Notre Dame, mayo.
- McClintock, Cynthia
1999 “Peru: Precarious Regimes, Authoritarian and Democratic”. En: Larry Diamond, *et.al.* eds., *Democracy in Developing Countries. Latin America (Second Edition)*. Boulder, Lynne Rienner Pub.
- O’Donnell, Guillermo
1998 “Accountability horizontal” (1997). En: *Agora*, n° 8, Buenos Aires.
- Penfold, Michael
2001 “El colapso del sistema de partidos en Venezuela: explicación de una muerte anunciada”. En: José Vicente Carrasquero, Thais Maingon y Friedrich Welsch, eds. *Venezuela en transición: elecciones y democracia 1998-2000*. Caracas, REDPOL.
- Petkoff, Teodoro
2002 “El presidente acusa a los medios: la luna de miel ha terminado”. En: *Etcétera*. México D.F., marzo.
- Pizarro, Eduardo, y Simón Pachano
2002 “Atomización y regionalización partidista: Colombia y Ecuador”. Ponencia presentada en el seminario “*The Crisis of Democratic Representation in the Andes*”. The Helen Kellogg Institute for International Studies, University of Notre Dame, mayo.
- Roberts, Kenneth
1997 “Structural adjustment and the adaptation or breakdown of party systems: a comparison of Chile, Argentina, Peru and Venezuela”. Ponencia presentada en el XX° Congreso del *Latin American Studies Association*, Guadalajara, México.
- Rospigliosi, Fernando
2000 *Montesinos y las Fuerzas Armadas. Cómo controló durante una década las instituciones militares*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- Sanborn, Cynthia, *et. al.*
2000 *Democracy and Governance in Peru: An Assesment*. Management Systems International (MSI) Under Contract to the U.S. Agency for International Development.
- Tanaka, Martín

- 2002 “Peru, 1980-2000: Chronicle of a Death Foretold? Determinism, Will, Actors and *De Facto* Powers”. En: Mainwaring, Scott, y Frances Hagopian, eds.: *The Third Wave of Democratization in Latin America* (en prensa).
- 2002a “La dinámica de los actores regionales: ¿el despertar del letargo?” Documento inédito, Instituto de Estudios Peruanos.
- 1998 *Los espejismos de la democracia. El colapso del sistema de partidos en el Perú, 1980-1995, en perspectiva comparada*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- Tanaka, Martín, y Patricia Zárate
2002 *Valores democráticos y participación ciudadana en el Perú, 1998-2001*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos – Agencia para el Desarrollo Internacional de los Estados Unidos (USAID).
- Weyland, Kurt
1998 “The Politics of Neoliberal Reform in Latin American Democracies: Argentina, Brazil, Peru and Venezuela”. Prepared for delivery at the XXI LASA Congress, setiembre.